



Programa de formación permanente

Orden de Agustinos Recoletos

2. La comunidad, palabra encarnada



LA COMUNIDAD, PALABRA ENCARNADA: LUCES PARA EL CAMINO

INTRODUCCIÓN

“Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles” (Sal 127, 1). Una lectura del capítulo primero del libro de los Hechos de los Apóstoles narra que la comunidad, en vez de tomar la iniciativa, de organizarse y de aventurarse al mundo con las banderas al viento, se ha retirado a esperar y a orar. El próximo movimiento le toca a Dios: le toca a Cristo resucitado mantener la promesa de conceder el Espíritu Santo y de restablecer el reino de Israel. En un cierto sentido la oración es esto: el audaz, casi el arrogante, esfuerzo de la comunidad de pedir a Dios que mantenga su promesa. Cuando rezamos “venga a nosotros tu reino, que se haga tu voluntad” estamos pidiendo que mande aquello que ha prometido.

De este modo, la oración es el coraje nacido de la confianza en la fidelidad a Dios y a las promesas que él mismo hizo, confianza en que él será fiel a sí mismo. Esto que puede parecer una oración atrevida por parte de la Iglesia, que pide al Señor recibir su Espíritu, el reino, el poder y la restauración, es en realidad la

manifestación de la más profunda humildad: significa, de hecho, que la Iglesia se da cuenta humildemente de que solamente Dios puede darle aquello de lo que tiene desesperadamente necesidad.

Contando la historia de Cristo, Lucas, más que cualquier otro evangelio, dedica mucha atención a los particulares del nacimiento de Jesús. En su texto, las narraciones del nacimiento se convierten en una especie de ilustración del resto de la narración. “En mi principio está mi fin”, dice el poeta T. S. Eliot.

El inicio de la vida de una persona indica la dirección que aquella vida tomará. Muchas cosas que asumirán más tarde un significado, se pueden ya discernir en nuestros orígenes. Por eso dirigimos con gran interés nuestra atención al nacimiento de la comunidad en Pentecostés (un parangón entre el nacimiento de Jesús en Lucas y aquel de las Iglesias en Hechos: ambas historias comienzan con la venida del Espíritu; en las dos el período inmediatamente precedente no está privado de la obra del Espíritu; en las dos se da una contraposición entre la promesa y Juan Bautista).

Conociendo el modo como Lucas utiliza una historia, podemos esperarnos aprender mucho de las narraciones de la infancia de la primera comunidad. Comúnmente nos referimos a Pentecostés como el día del nacimiento de la comunidad-Iglesia, lo cual es verdad. Pero también es muy acertado hablar de Pascua, más que Pentecostés, como su momento natalicio. La historia de Pentecostés debe ser releída en el contexto de Lc 24: el Señor resucitado “reconocido por ellos en la fracción del pan” (Lc 24,35), él “nos explicaba las Escrituras” (v. 32), y prometió darles el mismo poder que lo había movido, diciéndoles que “permanezcan en esta ciudad hasta que sean revestidos del poder de lo alto” (v. 49).

Cuando Lucas, en su relato, separa la resurrección de la ascensión y de Pentecostés no puede haberlo hecho con la intención de que nosotros lo leyésemos como tres eventos distintos. En Pentecostés, el poder divino, que se había manifestado en la ascensión de Cristo, está conectado con el pueblo de Dios. Originalmente las celebraciones litúrgicas de Pascua y el día de Pentecostés estaban mucho más unidas que ahora. Hoy es posible que la comunidad viva estos dos acontecimientos como dos fenómenos separados, perdiendo la verdad por la cual la ascensión de Cristo y descenso del Espíritu en Pentecostés son ulteriores explicaciones del milagro pascual.

Afortunadamente, varias reformas litúrgicas se esfuerzan en colocar la celebración de Pentecostés en el contexto de las grandes celebraciones de Pascua, que dura cincuenta días. La oración inicial de la misa de Pentecostés afirma: «Omnipotente y eterno Dios, has cumplido la promesa de Pascua enviándonos tu Espíritu».

No se puede separar la vida de la primitiva comunidad cristiana y de las comunidades de hoy del acontecimiento Pentecostal. La comunidad desde siempre necesita del Espíritu para vivir, para ser una realidad y para cumplir con la misión evangelizadora del Reino de Dios.



I. LA COMUNIDAD DEL AT¹

Es necesario, antes de adentrarnos en dos textos fundamentales para analizar la vida de la comunidad, como son Hch 2,42-47 y 4,32-35, hacer un breve camino por la tradición veterotestamentaria. Allí también encontramos una vida comunitaria con acentos muy particulares, que fueron conformando el espíritu comunitario de aquella primera comunidad de seguidores de Jesús en Jerusalén.

Pentecostés fue el punto de partida para la comunidad de aquellos discípulos que, junto con la Madre del Señor (cf. Hch 1,14), esperaban el cumplimiento de la promesa que el mismo Jesús hizo antes de partir (cf. Jn 15, 26). A lo largo de todo el Antiguo Testamento vemos que la promesa hecha por Dios a su pueblo

¹ Para este punto puede ser de ayuda para una mejor interpretación la ya clásica obra de R. De Vaux, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1976; X. Léon-Dufour, *Vocabulario de Teología bíblica*, Herder, Barcelona 1978; P. Rossano, G. Ravasi, A. Girlanda (dirs.), *Nuevo diccionario de Teología Bíblica*, San Pablo, Madrid 1990.

elegido también hizo que este tomara conciencia de ser una comunidad a la espera de aquel cumplimiento que haría que Dios instaurara su reinado en la tierra.

El pueblo de Israel es el germen de nuestra vida de comunidad. El texto hebreo utiliza dos palabras que las traducciones posteriores han hecho familiares a nuestro modo de pensar. Dichas palabras son ‘asamblea’ (קהל qāhāl), que los griegos traducirán con el término ἐκκλησία–Iglesia, y ‘congregación’ (עדה ‘ēdāh). Con ambos términos el autor sagrado denominaba a la ‘comunidad de los hijos de Israel’.

Ya en el libro del Génesis (cf. Gn 35,11) la promesa de Dios a Jacob es la de hacer de él una gran comunidad de naciones (קהל גוים qāhāl gōyîm), idéntica promesa que tiempo después el ya anciano patriarca le recordará a su hijo José en Egipto (cf. Gn 48, 4). En estos casos el tema de la promesa hace de hilo conductor y dicha promesa recae en la comunidad. Esta será grande, saldrán de ella reyes y será poderosa en toda la tierra.

En otros libros del Pentateuco aparecen frecuentemente los términos anteriormente referidos. Pero ya no se refieren a una comunidad que aparece en el horizonte de una promesa, sino a una comunidad que debe vivir las consecuencias de la misma. Ya el pueblo ha experimentado la alianza con Dios, se siente una comunidad de elegidos. Aquí la comunidad es aquella que deberá llevar adelante la labor cultural que emana de esa alianza entre Dios y ellos. El culto para Israel es el claro ejemplo para ilustrar el entrar en comunión del pueblo con su Dios.

El deseo de Dios de ganar el corazón de su pueblo (cf. Os 2,16) es el que hace que esta alianza no quede en simple aspiración. Por su medio se establece una relación real de vida común. Dios se hace cargo y hace suya la vida de su pueblo.

La Ley –Pentecostés– será la carta que hará que esta vida de comunidad esté regulada y tenga espíritu, para que de esta manera se dé una relación de amor y de continua búsqueda de Dios en la observancia de los mandamientos (cf. Dt 10,12ss).

La comunión de los corazones en el pueblo es fruto de la alianza: la solidaridad natural en el seno de la familia, del clan, de la tribu, viene a ser comunidad de pensamiento y de vida al servicio de Dios que reúne a Israel. El israelita, para ser fiel a este Dios salvador, debe considerar a su compatriota como “hermano” (Dt 22,1-4; 23,20) y prodigar su solicitud a los más desafortunados (Dt 24,19ss). La asamblea litúrgica es al mismo tiempo comunidad nacional en marcha hacia el destino divino (cf. Nm 1,16ss; 20,6.11; 1Cro 13,2), la ‘comunidad de Yhave’ y de ‘todo Israel’².

² Cf. X. Léon-Dufour, “Comunión”: *Vocabulario...* 173-175.

Alianza, Ley, culto y oración son las palabras que sintetizan la realidad comunitaria de Israel. Una realidad que llega hasta la actualidad, “porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí **estoy yo** en medio de ellos” (Mt 18,20). Dios, de esta forma, se confía a la historia de aquella comunidad, y la historia de la comunidad de Israel se convierte en historia de Dios.

II. LA COMUNIDAD EN EL NT

También es necesario hacer un brevísima y general introducción a la visión neotestamentaria sobre la comunidad. La Iglesia de Dios es la continuación del *qāhāl* (קהל) de la antigua alianza. Esta ‘Iglesia de Cristo’ pone de relieve el dato escatológico que ha llegado con el mesías y la construcción de su comunidad. Uno de los apelativos más frecuentes que encontramos en el Nuevo Testamento –unas cien veces– es la palabra *hermanos*. Los hermanos de Jesús son aquellos que escuchan la palabra y la ponen en práctica (cf. Mt 12,46-50; Mc 3, 31-35; Lc 8,19-21), son también aquellos que han nacido de Dios (Jn 1,13).

A lo largo de todo el Nuevo Testamento se nos recuerda que: conocemos al Padre y tenemos acceso a él y a su proyecto de vida, en Cristo-Jesús ‘por el Espíritu Santo’: bajo la acción del Espíritu que es la ‘ruah’ y el ‘pneuma’ o la fuerza del amor del Dios creador y salvador de todo lo que vive. El final de los sinópticos y del cuarto evangelio, así como el comienzo de Hechos, testifican que el Señor promete y comunica su Espíritu a todo el pueblo de Dios.

En 1Cor 12,3, Pablo asegura que “nadie puede decir ‘Jesús es Señor’ si no está movido por el Espíritu Santo”. Después se extiende Pablo sobre la ‘comunidad eclesial’ a lo largo de tres capítulos: hay diversidad de carismas, de ministerios y de actividades, “pero es uno el Dios que activa todas las cosas en todos, y uno es el Señor y es uno el Espíritu que reparte a cada quien sus dones como quiere para el bien de todos... Porque todos hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo para formar un solo cuerpo de Cristo”. En la despedida de su segunda carta a los corintios, Pablo atribuye el don de la comunión al Espíritu, con esa fórmula trinitaria de saludo que usamos en nuestras asambleas eucarísticas: “El amor de Dios, la gracia de Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes” (2Cor 13,13).

El mensaje de Jesús trae una revolución en la forma de interpretar la vida de comunidad. Esta revolución viene dada por la igualdad de todos. La igualdad no se opone, sin embargo, a la organización de la comunidad, imprescindible en cuanto ésta pretenda desarrollar alguna actividad interna o externa. La organización se basa precisamente en la realidad de los carismas, es decir, en las

dotes naturales o adquiridas de los miembros, potenciadas por el Espíritu y puestas al servicio del amor. El carisma de cada uno, reconocido por la comunidad, lo capacita para desempeñar determinadas funciones en el grupo y dirigir determinadas actividades.

Hay que tener en cuenta que la organización es funcional, su criterio es la necesidad o conveniencia, en función sobre todo de la misión. Hay que tener presente asimismo que, en la comunidad cristiana, las cualidades personales o la responsabilidad que se asume no otorgan superioridad. La diferencia no crea rango. Por la adhesión a Jesús, todos y cada uno de los miembros de la comunidad cristiana participan de su Espíritu (cf. Jn 1,16). Así, el rasgo propio de la comunidad es poseer una vida que es la vida/amor de Dios comunicada. Esta se ofrece a los hombres en Jesús, cuya vida y muerte traducen en lenguaje humano el amor infinito de Dios.

III. LA PRIMITIVA COMUNIDAD DE JERUSALÉN

Toda la tradición eclesial, y de forma particular la tradición agustiniana de la comunidad, toma de los textos de Hch 2,42-47 y 4,32-35 su inspiración para seguir una forma de vida común. Será el mismo santo de Hipona quien, ante aquellas palabras en las cuales se señala que “todos los creyentes eran de un solo sentir y pensar. Nadie consideraba suya ninguna de sus posesiones, sino que las compartían” (4,32), se dirija a sus fieles de la catedral de La Paz diciéndoles: “Ya habéis oído lo que deseamos, orad para que podamos cumplirlo”³.

Estas palabras encendieron a nuestro santo padre y también ahora deben encender el corazón de sus hijos, pero para eso necesitamos del acontecimiento pentecostal en nuestra comunidad y de la docilidad del corazón para poder interpretar esas mociones del Espíritu.

En estos dos pasajes del libro de los Hechos vemos la continuidad que Lucas da al tema de los bienes materiales y el uso que debía hacer de ellos la comunidad cristiana. No cabe duda de que Lucas ve la comunidad de bienes materiales como un ideal. Es la realización de aquello que ya se había anunciado en el Antiguo Testamento: “Es verdad que no habrá pobres entre los tuyos, porque te bendecirá el Señor, tu Dios, en la tierra que el Señor, tu Dios, va a darte para que la poseas en heredad” (Dt 15, 5). En otras palabras, esto significa para Lucas la realización del amor al prójimo. Era un componente del ideal comunitario de la primera

³ s. 356,2.

comunidad cristiana, que intentaba de este modo continuar el estilo de vida y la pretensión de Jesús⁴.

Algunas consideraciones exegéticas de Hch 2, 42-47

⁴² Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración.

⁴³ Todos estaban asombrados por los muchos prodigios y señales que realizaban los apóstoles.

⁴⁴ Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común:

⁴⁵ vendían sus propiedades y posesiones, y compartían sus bienes entre sí según la necesidad de cada uno.

⁴⁶ No dejaban de reunirse en el templo ni un solo día. De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad,

⁴⁷ alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo. Y cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos.

El v. 41 hace un cierre al discurso de Pedro. En él se expone numéricamente el resultado de aquella encendida prédica que el primero de los apóstoles hace y que había tocado tan fuertemente el corazón de quienes lo escuchaban y que hizo que una gran cantidad, tres mil personas, se bautizaran y entraran a formar parte de la comunidad. En este discurso el mismo Lucas, haciendo uso de la *synkrisis*⁵, traza un paralelo entre la figura de Jesús, que hasta el momento era el único que había predicado y explicado la Escritura, con Pedro. En este momento ya no será Jesús el exegeta, sino la comunidad. Pedro comienza a ser el fundamento de esta comunidad que se empieza a expandir y que debe dar una interpretación a los hechos y a la Escritura⁶.

Más allá del tema redaccional en el cual todavía están quienes proponen varias formas y composiciones, pero que en definitiva no vienen a tomar parte de nuestro objetivo, los vv. 42-47 contienen un óptimo sumario de aquellas características que tenía la primitiva comunidad. Estas cuatro características son ‘la enseñanza de los apóstoles’, ‘la forma de vida en común’, ‘la fracción del pan’ y ‘las oraciones’.

“Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles”. El término griego que Lucas utiliza para decir que estaban firmes es *προκαρτεροῦντες*. Se podría

⁴ Cf. T. J. van Bavel, *Carisma: comunidad. La comunidad como lugar para el Señor*, Religión y Cultura, Madrid 2004, 20.

⁵ *Synkrisis*: Consiste en comparar sistemáticamente personajes, acciones o advenimientos, mostrando sus puntos en común y también sus diferencias, la superioridad de uno sobre el otro, etc. Esta técnica es muy utilizada por ciertos escritores como Plutarco (finales del I siglo de nuestra era), con sus *Vidas Paralelas*, en Sb 11-19 y en Lucas (cf. Lc 1-3: paralelo entre Juan el Bautista y Jesús; Lc 15,4-10: entre el pastor y la mujer; Lc 15,11-32: entre los dos hermanos de la parábola; en los Hechos se pueden rastrear los paralelismos entre Jesús y Pedro, entre Pedro y Pablo, etc.). Cf. también Rm 5, 15-19 (entre Adán y el Cristo).

⁶ Cf. Hch 2,17-21 cita a Jl 2,28-32 (3, 1-5 LXX); Hch 2,25-28 cita Sal 16,8-11; y Hch 2,34-35 cita Sal 110,1. Con estas citas se pone de relieve el nuevo tiempo en el cual se entra y la responsabilidad que tiene ahora la comunidad –Iglesia– primitiva de comenzar a interpretar, a ser exegeta, de la Escritura en la vida y en los acontecimientos que van viviendo.

definir esta palabra con la imagen de una mano que aferra fuertemente algún objeto. Con ello se quiere dar a entender la tenacidad y la perseverancia con la cual aquella comunidad se sujetaba de las enseñanzas de los apóstoles y que se fundaba en las palabras de Jesús. La ‘enseñanza de los apóstoles’ es algo más que un simple *kerygma*. No fue solamente proclamar que Jesús murió y resucitó para la salvación de todos, sino que esta enseñanza tenía como objetivo primordial la *koinonia*, la comunidad, esa “forma de vida en común que es como llama el mismo Lucas primeramente en los Hechos de los Apóstoles a lo que más tarde se denominará como hasta nuestro días *ekklêsia*”⁷.

La *koinonia*: Esta tiene su traducción más común como «comunidad», pero también puede traducirse como ‘fraternidad’ y hasta como ‘alianza’. Es un término que los griegos de aquel tiempo utilizaban para denominar a las varias relaciones íntimas entre las personas. Dentro del mundo de la filosofía era la forma de vida que llevaban los seguidores del famoso Pitágoras⁸. Lucas también pone de relieve la *koinonia* como aquella “forma de vida en común” practicada por aquellos seguidores. Los esenios de Qumrán, a los que Josefo llama “menospreciadores de la riqueza” (cf. *Guerra judía* 2,8,2 §122), caracterizaban su forma de vida como *yahad*, traducida como ‘comunidad’ y relacionada con la raíz *'hd / yhd*, ‘uno’ (cf. 1QS 1,1,11-16,5,1,2, 16,6,17,21-25;7,20; 1QSa 1,26,27)⁹. El nombre *koinonia* se encuentra en otras partes del Nuevo Testamento con sentidos diversos (cf. Rm 15,26; 1 Cor 1,9; 10,16; 2 Cor 6,14; 8,4; 9,13; 13,13; Gál 2,9; Flp 1,5; 2,1; 3,10; Flm 6; Heb 13,16; 1 Jn 1,3.6.7).

“La fracción del pan” tiene su primera referencia en la obra lucana en el evangelio (cf. Lc 24,30.35), donde se relata cómo el resucitado, camino de Emaús, se aparece a dos de sus discípulos y, reunidos alrededor de la mesa, se les manifiesta en el hecho concreto de la fracción del pan. Por “partiendo el pan” no

⁷ J. Fitzmyer, *Hechos de los Apóstoles. Traducción, introducción y comentario*, Sígueme, Salamanca 2003, 364. “Una cuestión muy debatida hoy es la razón por la que los primeros discípulos escogieron el término *ekklêsia* para designar a las primeras comunidades. Esta cuestión suscita inmediatamente otras: 1) ¿este sustantivo designó en primer lugar a la comunidad local, la de Jerusalén, y se extendió después a otras para finalmente designar el conjunto o suma de las comunidades? Otros proponen un escenario inverso: *ekklêsia* habría designado al grupo de cristianos como tal, antes de aplicarse a las diversas comunidades, en función de la expansión del Evangelio; 2) ¿de qué ambiente procede el vocablo: del de la política y la convocación de asambleas oficiales; dicho de otra manera, de las instituciones griegas y romanas?, ¿de los escritos bíblicos?, ¿del ambiente judío, aunque negativamente, como reacción contra el uso del término “sinagoga” (*synagogê*)? Los exégetas están divididos en sus respuestas, y no hay nada fortuito en ello. El efecto, Pablo no juega con el término *ekklêsia* para explicarlo, explicitarlo y explotar sus diversas connotaciones. Este término sigue siendo absolutamente designativo y conserva por eso todo su halo de misterio” (J. N. Aletti, *Eclesiología en las cartas de san Pablo*, Verbo Divino, Estella 2010, 24-25).

⁸ Cf. Diodoro de Sicilia, *Biblioteca histórica* 10,8,2.

⁹ Cf. H. Braun, *Qumran und das Neue Testament*, I, J. C. B. Mohr, Tübingen 1966, 143-150.

se debe entender lo que serían los ritos iniciales de las comidas judías, sino más bien parece referirse a tomar el alimento para el cuerpo. No hay razón para explicar este hecho como una comida de hermandad (con antecedentes esenios o farisaicos), comida ágape, ni aun como comida ordinaria y eucarística a la vez¹⁰. Esta fórmula abstracta luego se convertirá en la forma más común de denominar cristianamente la eucaristía.

La “oración” puede ser un eco de aquella ‘a la oración’ (τῇ προσευχῇ) de 1,14, aunque su forma plural “en las oraciones” (ταῖς προσευχαῖς) estaría indicando la continua participación que los primeros cristianos tenían en las distintas oraciones que se realizaban en el templo (cf. Hch 3,2). Son las oraciones que los mismos cristianos ofrecían en comunidad, como encontramos en 1,24-25; 4,24-30; 12,12.

Estas cuatro notas que Lucas remarca en este breve pasaje subrayan el espíritu común de aquellos primeros creyentes de la comunidad de Jerusalén. A esto se sumaba aquel asombro, que traduce el término original φόβος, es decir ‘temor’ (ψυχῇ φόβος: miedo en el alma), y los milagros que también estaban presentes y que caracterizaban, según el hagiógrafo, a la comunidad primitiva. Lucas utiliza este término de varias formas. En algunas ocasiones lo relaciona con la reacción ante una intervención de tipo milagrosa (cf. Lc 1,12.65; 2,9; 8,37; 21, 26; Hch 5,5; 9,3).

“Todos los creyentes estaban juntos”. Muchos comentaristas aún se preguntan, como ya insinué anteriormente, si había influencias esenias o pitagóricas en este estilo de vida. Más allá de estas discusiones, el fondo de esta cuestión es ver que en aquella primera comunidad lo que existía era una gran unidad y armonía. Estamos ante una especie de nueva creación: del caos de la dispersión surge la armonía de la unidad¹¹.

El intercalado de los vv. 43-45 introduce la copropiedad, dando a entender que “tienen todo en común”. Da la impresión de que tal agrupación comunal de posesiones y bienes era obligatoria, pero más tarde esto deja de ser tan obvio y con el andar del tiempo esta comunidad de posesiones y bienes desaparece por completo. La discusión se centra entre los estudiosos en el verdadero significado de este tener “todo en común”: ¿significaba que los primeros cristianos ponían todo en común y todo era de todos? o ¿aun conservando el título de propiedad, estos ponían todo a disposición de la comunidad?¹². Es difícil determinar lo

¹⁰ Cf. R. Orlett, “The Breaking of Bread in Acts”: *TBT* 1 (1962) 108-113.

¹¹ Cf. J. Fitzmyer, “The Designations of Christians in Acts and Their Significance”: *Unite et diversite dans l’eglise*, Città del Vaticano 1989, 223-236 (esp. 225-226).

¹² Cf. G. Theissen, “Urchristlicher Liebeskommunismus Zum «Sitz im Leben» des Topos hapanta koina in Apg 2 44 und 4 32”: T. Fornberg y D. Hellholm, *Texts and Contexts Biblical*

extendida que estaba esta práctica, aunque al menos para Lucas estaba lo suficientemente generalizada como para mencionarla. Puede simplemente estar relacionada con su deseo de enseñar a los cristianos como debían hacer uso de la riqueza¹³.

“No dejaban de reunirse en el templo ni un solo día”. Literalmente el texto vuelve a referirse a que de acuerdo, de común espíritu perseveraban, estaban firmes (προκατατεροῦντες) en el Templo. Es llamativo cómo el autor del libro de los Hechos ensalza esta actitud de aquellos primeros creyentes. Estos seguían frecuentando el templo en las oraciones y en los servicios. Se los describe como unos judíos ejemplares que no ponían contradicción con aquella nueva realidad de Cristo en sus vidas.

Este partir el pan era hecho con alegría y generosidad. Alabando a Dios; es decir, esta alegría y generosidad del reunirse a partir el pan se convertía para ellos en motivo de glorificación a Dios. Realidad que luego contrastará con lo que Pablo comenta sobre algunos casos en los que en estas comidas se daban abusos por parte de aquellos que más poseían (cf. 1Cor 11,17-22).

En el v. 47b el autor hace notar aquella buena fama de la que gozaba la comunidad delante de la población de Jerusalén (χαρὶν εχειν). Esta expresión, seguida de un dativo, significa “estar agradecido”¹⁴, aunque en este caso no encontramos esta estructura gramatical. Esto da a entender que la ‘acogida’ era otorgada, en cierta manera, por los cristianos a todos los jerosolimitanos¹⁵.

Si bien es cierto que puede sonar como demasiado perfecto y hasta en algún punto idílico, no cabe duda que se ve perfectamente la intención de Lucas de poner de relieve aquellos pilares que fundamentan la vida cristiana, como son la comunidad, el respeto de los unos por los otros, la celebración de la Eucaristía y la oración.

Algunas consideraciones exegéticas de Hch 4, 32-35

³² Todos los creyentes eran de un solo sentir y pensar. Nadie consideraba suya ninguna de sus posesiones, sino que las compartían.

³³ Los apóstoles, a su vez, con gran poder seguían dando testimonio de la resurrección del Señor Jesús. La gracia de Dios se derramaba abundantemente sobre todos ellos,

³⁴ pues no había ningún necesitado en la comunidad. Quienes poseían casas o terrenos los vendían, llevaban el dinero de las ventas

³⁵ y lo entregaban a los apóstoles para que se distribuyera a cada uno según su necesidad.

Texts in Their Textual and Situational Contexts Essays in Honor of Lars Hartman, Oslo 1995, 689-712.

¹³ J. Fitzmyer, *Hechos de los Apóstoles...* 365.

¹⁴ Cf. Lc 17,9; 1Tim 1,12; 2Tim 1,3; Josefo, *Contra Apion* 1,29 §270; *Guerra judía* 7,1,2 §9; *Antigüedades* 2,6,9 § 162.

¹⁵ Cf. G. G. Gamba, “Significato letterale e portate dottrinale dell’inciso partecipiale di Tai 2,47b χοντες χριν προς τον τον λαόν”: *Salmanticensis* 43 (1981) 45-70.

Lucas introduce su segundo resumen mayor, en el que se presenta la primitiva comunidad cristiana principalmente desde el punto de vista de la posesión en común de bienes materiales. Una vez más este es un resumen compuesto o combinado. El tema principal subraya la posesión en común (cf. 4,32.34-35), pero el intercalado (cf. 4,33) expresa el testimonio de Cristo resucitado. De este resumen puede haber salido el intercalado del primer resumen mayor (cf. 2,43-45). En el presente resumen no hay referencia alguna a las comidas en común¹⁶.

Esta comunión de bienes estaba basada, como se dijo ya anteriormente, en la fuerza de la predicación de los apóstoles, que no dejaban de anunciar y testimoniar la resurrección de Jesús, lo cual era motivo de gracia para toda la comunidad. La presencia de los apóstoles y su testimonio era garantía de que la comunión era voluntad de Dios.

Aquí no había indigentes (cf. Dt 15, 4-11 LXX y también el dicho griego “entre amigos todo es común”¹⁷). “Quienes poseían casas o terrenos los vendían, llevaban el dinero de las ventas”. Demuestra esto el despojo material que había entre los hermanos que más poseían a favor de aquellos que menos tenían. Este gesto hacía que verdaderamente se pudieran llamar *hermanos*.



¹⁶ Cf. J. Fitzmyer, *Hechos de los Apóstoles...* 365.

¹⁷ Cf. Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 9,8 §1168B.

IV. LA BUENA NOTICIA ENCARNADA EN LA COMUNIDAD

Si los Hechos de los Apóstoles hubieran sido escritos desde nuestro punto de vista actual, nos esperaríamos que todo el acontecimiento de Pentecostés, el conmovedor sermón de Pedro y la vivaz respuesta de la multitud, de la forma en que son descritos en Hch 2,1-41, hubiera sido el final de la historia.

La vida religiosa contemporánea, en general, está afligida por entusiasmos momentáneos y por superficialidad. De hecho, en el lenguaje moderno ‘entusiasmo’ es un sinónimo virtual para una exaltación de breve duración que no se expresa en un empeño a largo término. La afirmación “en aquel día fueron agregados a ellos unas tres mil personas”, conmueve. Pero Lucas no nos deja ahí: nos muestra en cambio la encarnación de Pentecostés. Esta encarnación la podemos ver desde cuatro perspectivas diferentes.

1. “Eran perseverantes en la escucha de la enseñanza de los apóstoles”. La distinción, quizá tradicional, entre «*Didaché*» (enseñanza) y «*kerygma*» (anuncio) apostólico está superada. Aunque es verdad que Lucas hace una diferencia entre aquello que le es dicho a los extranjeros y lo que es proclamado en la vida cotidiana de la comunidad¹⁸. Lejos de cualquier ‘exclusivismo’ moderno y sentimental, Lucas está muy atento a separar a aquellos que están adentro, que saben, de aquellos de afuera, que no conocen aún. Es más, enseñando a aquellos que saben las cosas que ya se les ha anunciado, se prosigue la renovación del evangelio en ellos. *De facto*, los Hechos mismos forman parte de un ininterrumpido esfuerzo de la Iglesia por reflexionar sobre las implicaciones y aplicaciones del evangelio en el interior mismo, buscando la continua fidelidad a su vocación.

La comunidad no debe dejarse arrastrar por un momentáneo exceso emotivo para resucitar en Pentecostés cada semana. Debe en cambio dirigirse inmediatamente a la tarea de la enseñanza, manteniendo una actitud rigurosa de aquello que ella misma es y sobre aquello que debe hacer.

2. La comunidad es comunión. El Espíritu ha producido la *koinonia*. Se podría decir que el verdadero milagro o hecho maravilloso de Pentecostés es precisamente este: que se forme un grupo unificado de creyentes de una multitud de gente tan diversa “procedente de todas las naciones de la tierra” (cf. 2,5). Es más, esta *koinonia* no puede ser solamente una afectuosa *animorum concordia*, un amor de iniciativa humana entre hermanos y hermanas. Es una comunión que produce sorprendentes “prodigios y señales” (2,43), entre los cuales no es menos

¹⁸ Cf. J. Fitzmyer, *Hechos de los Apóstoles...* 366.

importante que “todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común”, vendiendo sus bienes y poniéndolos en común (2,44-45).

En la opinión de muchos comentaristas, parece que hay un empeño en querer demostrar que estas afirmaciones son un invento idealizado y romántico de la Iglesia de una época posterior. Estas interpretaciones no hacen más que poner de relieve una pérdida de confianza de la Iglesia en la capacidad que tiene la fe de cambiar todos los órdenes, materiales y sociales. El mismo autor del libro de los Hechos, en 4,36-37, habla de la generosidad de Bernabé, y este hecho quizá sugiera la idea de que la primitiva comunión y puesta en común sea algo excepcional en la comunidad. Sin embargo la comunión de bienes nos es dada como un testimonio concreto con tintes de algo revolucionario, específico y real que había sucedido en aquellas personas.

En el libro del Deuteronomio se lee: “Entre ustedes no deberá haber pobres, porque el Señor tu Dios te colmará de bendiciones en la tierra que él mismo te da para que la poseas como herencia. Y así será, siempre y cuando obedezcas al Señor tu Dios y cumplas fielmente todos estos mandamientos que hoy te ordeno” (Dt 15, 4-5). Aquí se hace una promesa de un país libre de pobreza. Este país toma ahora una forma visible en una comunión que se extiende más allá de los límites de la amistad convencional. En Lc 19,8, un pequeño hombre encuentra el evangelio y responde separándose de los bienes materiales (cf. Lc 12, 13-34). Ahora es toda la comunidad la que hace lo mismo. Además la espiritualidad que nos es descrita aquí es algo notablemente diverso de un impulso inconsistente. Todo aquello que un tiempo poseían se vuelve común, de modo que la palabra *koinonia* asume un significado muy preciso.

3. La comunidad se empeña en “partir el pan”. El reunirse de los hermanos en torno a una mesa es otra expresión visible y tangible de la obra del Espíritu Santo en la nueva comunidad. Basta una mirada atenta al evangelio según Lucas para notar todas las referencias que se hace de Jesús que se encontraba “a la mesa con ellos”. Este autor, cada vez que habla de una comida, está refiriendo un momento de comunión, de revelación y de polémica. Jesús es criticado por la compañía con la que se sienta a la mesa: “Este recibe a los pecadores y come con ellos” (Lc 15, 2), es la acusación que le dirigen.

El Señor no hace distinción entre las personas con las cuales se sentaba a la mesa. Se sabe, por la experiencia contemporánea, que los confines sociales entre las personas son a menudo impuestos con mayor rigor en la mesa: comer juntos es un signo de unidad, de solidaridad y de profunda amistad, un signo visible que las barreras sociales que una vez afligían a estas personas han sido derribadas. Es en muchos casos motivo de debate si este “partir el pan” hace referencia a nuestra Eucaristía o a la Cena del Señor. Probablemente, en el tiempo de Lucas, la Iglesia

de Pedro no conocía la diferencia entre la Iglesia que parte el pan simplemente y aquella que lo hace como una actividad sacramental.

Según la tradición hebrea, después de la bendición que se pronuncia en la mesa, esta misma mesa se convierte en un lugar santo y el comer juntos en una actividad sagrada. Sabemos, que aquello que nos relata Hch 2,46, el compartir la comida con manos “alegres y generosas” trae a la mente la gloria exuberante del advenimiento del Mesías¹⁹.

Con certeza cada comida era vivida por la comunidad como un anticipo del banquete mesiánico, un pre-gustar la promesa de Jesús que sus seguidores, sus discípulos, habrían “comido y bebido en mi mesa en el reino” (Lc 22,30). En su comer y beber, la comunidad de la resurrección encuentra ya un cumplimiento parcial de aquella promesa, gozando ahora de aquello que será llevado a cumplimiento en el reino de Dios. La invocación del profeta ha sido escuchada:

“¡Vengan a las aguas
 todos los que tengan sed!
 ¡Vengan a comprar y a comer
 los que no tengan dinero!
 ¡Vengan, compren vino y leche
 sin pago alguno! (Is 55, 1).

4. La Iglesia tiene también momentos de oración, probablemente a las mismas horas de la devoción cotidiana hebrea. Además, se nos dice que continuaban yendo al templo (2,46). En medio a todas las novedades, la comunidad no olvida las tradiciones de los antepasados, no cesa de ser devotamente hebrea. En todas estas actividades de enseñanza, comunión y compartir, de partir el pan y orar, vemos un cuadro completo de la Iglesia, los signos de la auténtica encarnación del Espíritu en la comunidad, un criterio para evaluar la actividad de la Iglesia hodierna.

Cuando se observan las comunidades modernas, muchas con sus movidos círculos de actividades, hay veces que nos puede venir la duda de que se sustituya el evangelio por la socialización, que se ofrece un activismo cordial más que una comunidad potentemente animada por el Espíritu Santo. Nos debe surgir la pregunta de si en las comunidades agustinas recoletas no deberíamos reflexionar de nuevo que, de todo cuanto se ha hecho y dicho, “una sola cosa es la necesaria” (Lc 10,41). Es necesario encarnar, en el único modo posible, la vocación evangélica, lo específico de su vocación, y entregarnos nosotros mismos a “la enseñanza de los apóstoles en la comunión fraterna, en el partir el pan y en la oración” (2,42).

¹⁹ Cf. R. Bultmann, *Teología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 2981, 79-85.

En nuestra opinión, la sucesión de actividades de 2,42-47 no debe ser entendida como un primitivo orden litúrgico a partir del cual podamos reconstruir un esquema de un antiguo culto cristiano²⁰. Al contrario, Lucas prefiere este tipo de sumarios (cf. 4,32-35; 5,12-16) como un medio para unir dos unidades literarias (en este caso, el discurso de Pedro a la multitud y aquel delante del Templo). También es importante que esto concentra la atención del lector sobre la preocupación principal de Hechos de los Apóstoles: la comunidad.

En la narración del libro de los Hechos tiene su puesto cada uno de los personajes, en particular Pedro y Pablo. Pero ¿son ellos el objetivo de la narración? La figura ni de uno ni de otro es desarrollada con una mayor profundidad y detalle. Lucas tiene un escaso interés por la biografía de los apóstoles o por una primitiva vida de los santos. El protagonista de los hechos es Espíritu Santo que vivifica y guía la Iglesia naciente. Este sumario de la actividad de la Iglesia orienta nuestra atención lejos de las preocupaciones por los actores y nos lleva al verdadero interés de la narración: la comunidad.



²⁰ Cf. J. Jeremias, *The Eucharistic Word of Jesus*, Philadelphia 1977, 118-122.

V. CONCLUSIÓN Y LUCES PARA EL CAMINO

Una comunidad que vive según el evangelio y en la historia presencia la manifestación del rostro y de la obra de Jesús. Es el lugar verdadero de la fiesta y del perdón, lugar de gozo y de amor, donde nadie está solo y sin sentido, donde “yo estoy en medio de ellos” (Mt 18, 20).

El alma de la comunidad, su contenido unificador, es la comunión, autocomunicación del Padre, amor reconciliador del Hijo, don del Espíritu Santo. A nosotros, creyentes y en especial agustinos recoletos, no se nos pide salvar el mundo, porque Cristo ya lo ha hecho. Se nos pide anunciar, con el testimonio de nuestra vida, aquello que sucede a los hombres reunidos por la llamada de Cristo, unidos a él por el bautismo, y cuyo pensamiento y voluntad están gobernados por el Espíritu, para que, caminando según el evangelio, toda nuestra existencia no sea otra cosa que estar firmes en: la enseñanza de los apóstoles, la comunión fraterna, la Eucaristía y la oración.

No es posible que se forme una auténtica comunidad cristiana si no se tiene como raíz y como brújula la Palabra de Dios y la celebración de la Eucaristía, de la cual debe tomar impulso cualquier educación que tiende a formar el espíritu de comunidad.

Frente a un mundo en crisis, el método por utilizar en relación a aquellos que viven de manera particular la criticidad del momento y que están en la necesidad debe tener presente el respeto de la dignidad de la persona humana, la promoción de soluciones duraderas y la remoción de las causas, promoviendo las responsabilidades personales y sociales, la necesidad de fantasía y creatividad y de respuestas evangélicamente provocadoras.

La condición histórica en la que nos encontramos y las decisiones comunitarias que se definen no son una piedra en el camino del seguimiento, en el ejercicio de la fe y en la práctica de la caridad: estas deben ser la ocasión de un cambio radical. La lógica de la encarnación asume la historia y la condición humana no como un límite, sino como la voz de la esposa que invoca la venida del Esposo. Hay una inevitable condición de limitación, de fragmento, pero en el fragmento habita el todo, como en el hombre Jesús habita la plenitud de la divinidad, como en la Eucaristía se cumple la nueva y eterna alianza en la sangre derramada por todos. Es por eso que el gran desafío que la comunidad tiene es el de encarnarse en el hombre y en la realidad. Solo desde ese lugar vivirá la fuerza del Espíritu vivificador y llevará a cumplimiento la realidad del reino.

Fr. Luciano Audisio
Colegio Santo Tomás de Villanueva

